

ostentan los signos de propiedad allí estampados. Inútil es decir que las reses de una tribu, cabras, camellos y ovejas, llevan pieza por pieza marcado el *vesm*.

Aun cuando la dignidad de jeque es hereditaria, el que con ella se halla investido sólo es respetado y obedecido por sus dotes intelectuales, por su carácter y por sus riquezas. El sucesor de Mahoma, Omar, el primer «príncipe de los creyentes» de sencillas costumbres, sentimientos rectos, austero y cumplidor fiel de las peregrinaciones, es el modelo del buen príncipe árabe, de esta personalidad que tan á menudo producen la escuela del gobierno de la tribu y el aristocrático suelo, y en cuyas manos están la vida y la muerte, la guerra y la paz. Y á pesar de estas atribuciones no puede concertar tratados con otras tribus, ni acomodar contiendas, ni servir de intermediario en los matrimonios, sino que para estos casos tiene á su lado á los más ancianos de la tribu. El admirable tacto que para gobernar y conciliar poseen por naturaleza estas gentes, facilita mucho el ejercicio del poder, siendo buen ejemplo de ello el emirato Chammar, de cuyos territorios dijo hace pocos años Blunt lo siguiente: «El emir vive en paz con sus vecinos, excepción hecha de los ruallas y seboras; las contribuciones que en sus Estados se pagan son insignificantes; el servicio militar es voluntario y su gobierno es altamente popular. En ningún punto de Asia se disfruta de una vida pública más tranquila que en Djebel Chammar.»

La ciencia administrativa oriental no tiene, sin embargo, la menor idea de las profundas raíces que en las grandes naciones llegan hasta lo más hondo de las relaciones sociales, ni piensa lo más mínimo en el progreso realizado en el campo de la ilustración universal, ni en nuestras instituciones sociales y políticas, y no piensan en ello porque á sus ojos es imposible que un pueblo que no preste su obediencia al Alcorán, este compendio de toda sabiduría, pueda tener una civilización digna de ser imitada. En todas las regiones del Asia mahometana, cuando se oía hablar de la grandeza de Europa, creíase que el superior poderío de Occidente sólo estribaba en los ejércitos regulares, y de aquí que las potencias orientales destinaran cuantiosísimas sumas para europeizar sus fuerzas militares, gasto que, como se comprenderá, resultó perfectamente inútil, y dejaron secar al propio tiempo las demás fuentes de prosperidad. La falta de dinero de que más ó menos adolecen todos los gobiernos de Oriente, es una prueba plena de su negligencia, especialmente en lo que atañe á los intereses económicos de sus súbditos.

Nada demuestra tan claramente la falta de energía de los pueblos orientales como la facilidad con que se desliza de entre sus manos el hilo con que labran su bienestar económico. El agotamiento de una fuente, la ruina de un canal de riego ó simplemente el capricho de un soberano, son á menudo motivos bastantes para trasladar la cultura de una comarca á otra: la reconstrucción es para estos pueblos más difícil que la construcción de planta. A esto hay que agregar, además, el cambio de las residencias de gobierno de cada dinastía ó de cada príncipe, que trae consigo la variación de las corrientes del tráfico y de los centros de población. «Lo que en la primera época de los Osmanes fueron Konia, Enguru y Brussa, son en la actualidad Estambul, Esmirna y Adrianópolis, y al paso que en Isfahán han quedado abandonados arrabales enteros y convertidos en ruinas innumerables bazares, lo que antiguamente era pequeña aldea conocida con el nombre de Rei, hoy constituye la ciudad de Teherán, residencia de los kadjares, con una población de 40.000 habitantes.» (Bamberg.)

A la escasa aplicación de su fuerza y de su talento co-

rresponde también la defectuosa explotación de los tesoros de la naturaleza, aun de aquellos que más fáciles se presentan. El Oriente comprende una porción de territorios de riqueza proverbial en otro tiempo; pues bien, ninguno de ellos es ni con mucho lo que podría ser, ni siquiera el delta de Egipto para cuyo realzamiento hanse puesto al servicio del soberano egipcio cuantiosos capitales y privilegiadas inteligencias. Hablando de los graneros de Persia, dice un moderno viajero: «Varias veces he recorrido por casualidad estos graneros, y ello no obstante he encontrado que á menudo hay que andar 4 y 5 millas geográficas antes de llegar al radio cultivado de una aldea ó de una ciudad, pues en Persia, como en toda el Asia musulmana, es cosa por completo desconocida la no interrumpida sucesión de campos, prados y huertos que en tantos países de Europa admiramos.» Y Maltán refiriéndose á Túnez escribía en la anterior generación: «En el presente siglo la decadencia ha hecho nuevos progresos. La llanura de Blidah, antiguamente por modo raro abandonada, en la Edad media denominada «la mejor de todas las llanuras» y que en los primeros años de nuestro siglo contaba todavía 150.000 habitantes, figuraba en 1850 en el número de los territorios por el gobierno concedidos en parcelas á consecuencia de su escasísima población.

Los progresos que en mejores condiciones se han conseguido demuestran que el retroceso de la agricultura se debe á la incuria de los hombres y no, como algunos han pretendido, á la pobreza del suelo esquilado por una explotación excesiva. La mejor prueba de este aserto la encontramos en el Bajo Egipto, el más antiguo y explotado de los países de cultivo de Oriente.

CAPITULO VII

LOS PUEBLOS DEL SAHARA

«Sus cuerpos flacos y nervudos, sus costumbres salvajes y su indomable espíritu de independencia son la mejor imagen de su ingrata patria.»

BATY.

Relaciones entre el Sahara y el Sudán. — Pueblos del desierto en el Sudán. — Antiguos testimonios. — Agricultura y ganadería. — Efectos benéficos y funestos de la miseria. — Emigración. — Espíritu mercantil. — Instinto de robo. — Asesinato y guerra. — Tráfico y comercio. — Industria. — Comercio de sal de Bilma. — Ciudades. — Efectos morales del desierto. — Finura de los sentidos. — Superstición. — Independencia. — Instituciones políticas. — Ideas religiosas. — Datos acerca de la historia de los pueblos del Sahara. — Descripción monográfica de los tиббús. — Difusión de este pueblo. — Caracteres especiales. — Tibesti. — Borku. — Ennedi. — Kawar. — Descripción monográfica de los tuaregs. — Difusión de este pueblo. — Descripción general. — Caracteres especiales. — Algunas observaciones sobre Ghat, Asgar y Air (Kelowi).

Desde el punto de vista etnográfico no cabe establecer una separación entre el Sahara y el Sudán. Por una parte son territorios vecinos y contiguos en toda su anchura, y aunque separados por una frontera climatológica y natural, la considerable extensión de la línea común á ambos, les permite, y hasta puede decirse les impulsa, á cambios mutuos de población, á recíprocas dilataciones. Por otra parte, la naturaleza propia de cada uno de estos territorios (desierto el uno y el otro en gran parte estepa ó por lo menos transición de ésta á territorio agrícola) es causa de movilidad de sus respectivas poblaciones, movilidad extraordinaria en el desierto y que, como veremos, puede por esta razón misma enviar numerosas expediciones de pueblos procedentes del Sahara al Sudán, región en donde se ofre-

cen ocasiones de sobra para llevar una vida errante, pero por otra parte poco á propósito para llevar á otros países los pueblos á quienes la naturaleza favorable del país mantiene apegados á su suelo.

En el Sudán central y en las contiguas comarcas sudanesas habitan las dos grandes tribus de los tuaregs y de los tиббús, que en su origen hablaban dialectos del idioma berberisco en los cuales penetraron más tarde elementos extranjeros. De estos extranjeros idiomas, el árabe, como se comprenderá, fué el más influyente por ser el de la nueva religión, el de la mayor parte de los soberanos, el del comercio y finalmente el del pueblo que más afinidad tenía con estos pueblos del desierto por sus usos y por sus costumbres. Entre estos pueblos se ha verificado un trueque de costumbres y de elementos lingüísticos: los árabes mechagras se visten como los tuaregs y pagan el *garama* á Ahitarel como los ifogas de Tademekket. Pero mayor ha sido el número de tuaregs que se ha arabeizado, habiendo hecho grandes progresos en el desierto, si no los árabes mismos por lo menos el modo de ser arábigo. Por otro lado invaden el Sahara los idiomas negros del Sud, especialmente el haussa que han llevado allí los comerciantes: ¿serán estos idiomas restos de antiguos pueblos negros en esas regiones residentes? No lo sabemos. Los kelowis de Bary no hablaban más que el haussa y estos kelowis procedían del territorio situado entre Sínder y Kuka. En Air muchos nombres de animales y de plantas difieren de las respectivas denominaciones vulgares del idioma tuareg, derivando, en opinión de algunos, de la lengua haussa. Es más, los habitantes de la aldea Guri, que describe Bary en su viaje de Ghat á Adchiro, «más tenían de negros que de tuaregs, hablaban todos el haussa y pocos de ellos entendían el turgi.» Sus mujeres eran feísimas, sus hijos iban completamente desnudos, habitaban en cabañas en forma de colmena, eran musulmanes fanáticos y su traje consistía en un *tobe* negro y un pañuelo negro también atado á la cabeza. ¿Quién, en presencia de esto, podrá negar la existencia de una poderosa invasión haussa? Y á todo esto hay que agregar la importación de negros para la esclavitud y para el comercio de esclavos que alcanza unas proporciones de las que difícilmente podrá formarse una idea aproximada. La actual exportación no es nada comparada con la de los tiempos en que los Estados barbarescos hacían públicamente el comercio de esclavos. Y estos esclavos negros importados del Sudán á los países tuaregs y tиббús, constituían una mezcla tan abigarrada que — como expresamente lo consigna J. Richardson hablando de Ghat — con dificultad lograban hacerse entender desus compatriotas recién llegados.

Pasando por alto la invasión turca, cuyas oleadas llegaron hasta Tessán, hemos de decir algo acerca de la movilidad propia de estos pueblos guerreros, entre los cuales los desplazamientos están á la orden del día. En los territorios en que viven contiguamente los tиббús y los tuaregs, son frecuentes las expediciones de rapiña recíprocas; así, por ejemplo, los tuaregs de Ardchicho atacan sin motivo bastante á los tиббús de Abo y les arrebatan sus camellos, pero les dejan los esclavos y los niños y reciben de su propio jeque la orden de no matar á nadie. Antiguamente esto último no sucedía y aun actualmente no son pocos los hombres que perecen asesinados y las mujeres que quedan reducidas á la esclavitud. A propósito de la inestabilidad de estos pueblos, merece ser conocida por lo atinada y justa cierta respuesta del jeque Brahim ul Sidi, que en su tiempo era tenido por el más ilustrado de los tuaregs: preguntado por el origen de las distintas tribus de éstos con-

testó: «Estamos unidos y mezclados como el tejido de una tienda de campaña en la cual están entrelazados el pelo de camello y la lana. ¡Mucha habilidad se necesita para separar uno de otra! Por lo demás, sabemos que cada tribu procede de un país distinto.» Está demostrado históricamente que muchas tribus del desierto se ilustraron recientemente y por casualidad, del mismo modo que los habitantes de algunos oasis del país de Borku han ido desenvolviéndose modernamente gracias á la combinación de los elementos más distintos y de más sospechosa procedencia. He aquí lo que sobre este particular dice Nachtigal: «Indígenas que no poseían camellos, animales que exigían ó por lo menos justificaban una vida nómada, asesinos escapados de su patria, prisioneros de guerra que por respetos religiosos no pasaban á ser esclavos, pero que tampoco habían sido rescatados, y quizás también esclavos manumitidos, pudieron haberse establecido allí, adquiriendo poco á poco una pequeña propiedad, y casado entre sí y algunas veces con nómadas, creando de esta suerte con el tiempo una nueva tribu más ó menos despreciada por éstos.» Así se formó la población del oasis Jin que es señora de su suelo y de sus cosechas. Esto es, sin embargo, una excepción, pues las condiciones de Borku son las menos favorables que imaginarse pueda para el desarrollo de residencias estables, razón por la cual el elemento nómada acaba siempre por sobreponerse, tanto más cuanto que se compone no sólo de los habitantes de las praderas de Borku, sino también de otras hordas rapaces procedentes de lejanas tierras, cuyas fechorías hacen completamente inútiles para los labradores los terrenos por ellos cultivados. De aquí que bien puede decirse que no cesará nunca este proceso de desplazamientos cuya consecuencia es el fraccionamiento celular de los pueblos.

En la parte más oriental del desierto que confina con el más antiguo territorio histórico, es posible investigar el camino andado por la población que en ella habitaba. La primitiva población de los oasis que allí existen es, según Brugsch, de origen berberisco, y de todas las tribus mencionadas en los monumentos se relacionan en primer término con esta región los tehennus, pueblo de blanco color y rubia cabellera, al decir de las descripciones que de ellos poseemos. En Siwah se habla todavía un dialecto berberisco y en los pequeños oasis hay una colonia de siwanos que ya en tiempo de Caillaud estaban establecidos en ellos y que en tiempo de Ascheron (1876), es decir, tres generaciones después, conservaban aún su dialecto berberisco. Además, los comerciantes que visitan á menudo el oasis de Siwah hablan en todas partes el siwano, es decir, el berberisco. Tampoco faltan nombres berberiscos de lugares en territorios en que actualmente se habla el árabe; así, por ejemplo, en Tarafrah hay una isla cultivada que lleva el nombre de Dchallan, que es probablemente el mismo que en forma de Dchalón ó Djalo encontramos en el grupo de Audchila. De modo que sólo muy entrado el período histórico, llegaron á estas regiones colonos egipcios que no dejaron de levantar en ellas magníficas construcciones como monumentos de su existencia. En el oasis de Yargeh se ha descubierto un templo que lleva el nombre del rey persa Darío. Recientemente ha encontrado Ascheron en el Pequeño Oasis un monolito, en el cual leyó Lepsius el nombre del famoso Thutmosis II, predecesor del gran Ramsés. También se han hallado nombres egipcios de lugares como el de Mut, que aparece en el oasis Dajel y que no es otra cosa que la antigua denominación que los egipcios daban á la diosa Isis; en el Gran Oasis existe el nombre Beris, que Brugsch traduce por «ciudad del Sud.»